

El Venado

El sol se ocultaba en el horizonte y las sombras de las casas de altos nos acogían sobremanera. Blanca y yo solíamos pasear después del colegio. Ese día luego de caminar por la plaza nos dirigimos hacia la parada de autobuses de Cinco de Mayo. Sin embargo, un grito desgarrador nos sacudió de golpe.

Una mujer desfalleció sobre la banqueta de enfrente. Lo siguiente fue un tipo que corría en dirección opuesta. Llegó a la esquina y dobló a la derecha por Aquiles Serdán.

Todo fue tan rápido que apenas recuerdo haberme soltado los cordones de la mochila. Miré a Blanca esperando que entendiera lo que haría. No pensé en nada, solo me moví por impulso. O el impulso me movió a mí, no estoy seguro. Solté a Blanca y fui detrás del sujeto.

Después de los primeros metros pensé que lo alcanzaría. Que no debía darme tanto trabajo, ya que a veces yo jugaba basquetbol en el colegio. Pero no tenía tiempo para pensar, tenía que correr.

Corrí con todas mis fuerzas, entre banquetas cuarteadas, esquivando coches estacionados. Aún sin saber qué haría si llegaba a alcanzarlo. Y hubo un instante en que la distancia se acortó tanto que mis manos comenzaron a empuñarse. Pero no, él fue más rápido. Y yo desistí patéticamente. No soporté el dolor abdominal y luego el mareo.

«Es un venado» pensé.

Era la frase con la que mi hermano Víctor describía a quienes corrían como si su vida dependiera de ello. Derrotado y sin aliento, me hiqué sobre una rodilla. El venado huía. Llegó hasta Colón, titubeó en el cruce, pero siguió de frente, se dirigía a Juárez.

Escuché un ruido motorizado y levanté la mirada. Era un hombre corpulento de mediana edad en una motoneta. Vi mejor su complexión

cuando pasó junto a mí. Era más bien gordo, de piel blanca y cabello corto. No entendí bien lo que hacía, pero rebasó al venado y le cerró el paso. Era un aliado.

Ambos actuaron rápido. El gordo tenía miedo, pero aun así bajó de la moto y lo encaró. Mantuvieron cierta distancia por un instante. El venado se veía dispuesto a una lucha breve, como para desarmar al gordo y escapar sin más contratiempos.

Reemprendí mi caminata jadeando mientras contemplaba una danza extraña. El gordo se deslizaba en torno al venado, empuñaba su cinturón en la mano derecha y lanzaba latigazos. Una, dos, tres veces. El venado los esquivó todos. Sin duda era más ágil que el gordo y le plantó una patada en el estómago. El gordo cayó al piso, más de miedo que del golpe.

Troté hacia ellos cuando retomé algo de aliento. Sin embargo, el venado estaba alerta y se volvió a la fuga. Recibí una mirada de alivio del gordo, que se incorporó en cuanto llegué junto a él.

—¡Súbete, ya casi lo tenemos! —dijo el gordo haciéndome un espacio en el asiento.

Sin cruzar apenas palabras formé un lazo de hermandad con aquel ser humano. Pero no tuve tiempo de reflexionar. Había que cazar al venado.

La calle Aquiles Serdán, poco concurrida y oscura, se terminó. Salimos a Juárez, una avenida principal bien iluminada y llena de gente. Había cuatro carriles; dos en un sentido y otros dos en otro, separados por un camellón de un metro de ancho. El venado atravesó la Juárez de lado a lado ágilmente esquivando el tráfico. Se notaba cansado y al fin bajó la velocidad. Con paso lento disimuló entre los transeúntes. Lo vi tomar su teléfono.

«Va a llamar un taxi» pensé.

Lancé un grito de ayuda señalando al venado, pero las personas alrededor no hicieron nada. El venado lo negaba todo y seguía caminando sobre la acera. Los altos bordes del camellón nos impidieron cruzar la Juárez del mismo modo. Vimos que iba por la derecha sin dejar de mirarnos. Luego se arrepintió y regresó por la izquierda. Para nosotros era sentido contrario, pero el gordo estaba segado por la euforia del momento y se lanzó sin más.

Esquivamos un par de coches y un par de insultos. Sentí que mi aliento se había recuperado por completo. Nos acercamos al camellón y bajé de la moto impulsado por un segundo aire. El venado estaba tan solo a unos quince metros. Lo vi desesperado, tratando de llamar a alguien. Desistió al verme cerca y volvió a correr. Sin embargo, mi descanso sobre la moto hizo la diferencia.

No lo alcancé de inmediato, ya que guardaba un último aliento, pero le recortaba distancia con cada fracción de segundo que pasaba. Cuando cruzamos la angosta Insurgentes ya casi podía tocarlo. Pasamos entre puestos ambulantes y locales. La gente escandalizada nos gritó injurias, pero no nos importó, ni al venado ni a mí. Yo corría con el mismo impulso de no pensar en nada. Y el dolor regresó, pero me aguanté. Llegando a Hidalgo, al terminarse la banqueta, finalmente lo alcancé.

Determiné instintivamente la forma de detenerlo. Tomarlo de la ropa y tirar hacia atrás era riesgoso, ya que si fallaba podría soltarse. Entonces salté hacia delante y lo empujé agarrándome de sus hombros. El incremento de velocidad y presión sobre su cuerpo lo destanteó. Cayó de frente y en seco sobre el pavimento de la Hidalgo. Ahí mismo lo sujeté como pude. Entonces supe que el venado era más bajo que yo. Y ambos, el venado y yo, supimos que era el fin.

—¡Yo no hice nada, yo no hice nada! —repetía el venado una y otra vez—¡Yo no hice nada!

Le respondí cuando recuperé un poco de aliento.

—¿Si no hiciste nada, por qué corriste?

El gordo llegó unos segundos después, dejó su moto de lado y fue a sentarse encima del venado. Era imposible escapar de aquella prisión.

—¡Yo no hice nada! —gritaba angustiado. Pero sus gritos se fueron asfixiando.

Algunas miradas curiosas nos rodearon y luego acudieron dos policías. Apenas pude decir nada. Yo solo lo atrapé. Atrapé al venado, pero no sabía nada más. Los policías tomaron la custodia. El gordo les explicaba el atraco sucedido minutos antes.

Inmediatamente después apareció un sujeto hirviendo en cólera.

—¡Si le pasa algo a mi esposa te mato imbécil! —exclamó.

Uno de los policías lo interceptó antes de que golpeará al presunto venado.

Minutos después, los oficiales seguían preguntando mientras esperaban a la patrulla. En mi mente estaba Blanca, probablemente estaría sola donde la dejé.

—Ya me tengo que ir —dije al gordo.

Nos despedimos con un apretón de mano y un abrazo. Me dio las gracias mirándome a los ojos. Le devolví una leve sonrisa y me fui.

Crucé la Juárez de vuelta y regresé por Aquiles Serdán. La calle era distinta ya entrada la noche. El alumbrado público encendido, los autos estacionados llenos de polvo, las grietas en el pavimento y las banquetas, el olor a humedad. Todo aquello parecía un lugar remoto, oculto a simple vista, y tan solitario como siempre.

De pronto una idea invadió mi mente. La idea de que quizá me había convertido en un héroe esa misma tarde. Un ser noble y valeroso, que no tolera las injusticias ni la corrupción del mundo. Pero al mismo tiempo me sentía insignificante, con un gran hueco en mi interior. Mi triunfo sobre el venado me supo amargo. Así no era como se supone que debería sentirme, algo debía estar mal.

Pasé junto a un coche antiguo, oxidado y cubierto de polvo. Lo observé por unos segundos. Luego me acerqué para mirar a través del vidrio lateral, pero lo único que vi fue mi reflejo sobre una especie de mugre cristalina. Era una figura abstracta, humanoide. ¿Aquello era realmente yo? Torcí la cabeza un poco para comprobarlo. Si, era yo.

Blanca me esperaba. Dejé de perder el tiempo y seguí caminando. De repente me sentí ansioso. No sé en qué momento comencé a correr. Llegué por fin al cruce donde había sucedido todo. Giré a la izquierda y ahí estaba ella. En el mismo lugar donde dejé caer mi mochila. Donde un absurdo heroísmo provocó en mí aquel arranque. Sin detenerme a pensar que quizá el ladrón podría haber tenido una navaja escondida entre sus ropas, o un arma de fuego. O quizá que sus ayudantes estuvieran escondidos detrás de los carros oxidados, estacionados sobre la oscura Aquiles Serdán, listos para saltar y acribillarme. Pero no pensé en nada. Y al mismo tiempo lo pensé todo.

Hasta que finalmente desperté junto a Blanca.

—¿Estás bien? —pronunció con su dulce voz, sacándome del trance— Esto pasa seguido por el centro, no dejes que te afecte.

—Estoy bien —respondí—. Solo estaba pensando que quizá pude haber hecho algo.

Sí, quizá pude haberlo hecho. Quizá pude haber perseguido a aquel ladrón del centro en lugar de quedarme parado inútilmente, imaginando un mundo donde mis propias fantasías me hacían sentir miserable. Pero yo, al igual que el venado, tampoco hice nada.